El libro de Jonah

A*

Joshua Max Feldman

El libro de Jonah

Traducción de Damià Alou

Libros del Asteroide

Primera edición, 2014
Título original: *The Book of Jonah*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

The Book of Jonah © Thirteen Blue Lions, 2013

© de la traducción, Damià Alou, 2014
© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.

Fotografía del autor: © Juliana Sohn

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.
Avió Plus Ultra, 23
08017 Barcelona
España
www.librosdelasteroide.com

ISBN: 978-84-16213-16-0
Depósito legal: B. 792-2015
Impreso por Reinbook S.L.
Impreso en España - Printed in Spain
Diseño de colección y cubierta: Enric Jardí

Este libro ha sido impreso con un papel ahuesado, neutro y satinado de ochenta gramos, procedente de bosques correctamente gestionados y con celulosa 100 % libre de cloro, y ha sido compaginado con la tipografía Sabon en cuerpo 10,5.

A mamá y papá, con amor

El final de la carretera se hundió en el brillo trémulo del horizonte, y Jonás vio en todas direcciones el desierto sin límites, al que los matorrales que se aferraban a la cara del desierto daban el aspecto de un inmenso mar ondulado. Y Jonás se tumbó boca arriba sobre la arena recalentada con la cara hacia el sol, implacable y carente de color, y reveló su pena ante el Señor.

JONÁS, 5, 1

I. Nueva York
(Cuarenta días y cuarenta noches antes)

Prólogo. La pizca

Jonah conocía la estación de metro de la calle Cincuenta y nueve lo bastante bien como para no tener que levantar la mirada de su iPhone mientras se abría paso por los pasillos entre los viajeros en dirección a las vías. Después de bajar las escaleras hasta el andén, se sintió afortunado al ver que llegaba un tren; se subió a él sin interrumpir el paso, se sentó junto a la puerta del vagón casi vacío y siguió tecleando. En la siguiente estación entró un tropel de gente, pero Jonah se dijo que aquel día se le había hecho muy largo y no tenía por qué ceder el asiento. Pero una mujer mayor —vestida de cualquier manera, con el pelo azul, una cara dulce de abuelita y una nariz que parecía una minúscula campanilla— acabó de pie justo delante de él, y Jonah decidió hacer lo correcto y levantarse.

No estuvo en el tren mucho tiempo, pero cuando se apeó vio que muchas de las personas con las que se cruzaba en el andén estaban empapadas, con el pelo apelmazado en la frente y la ropa traslúcida y arrugada. De todos modos, Jonah se dijo que aguantaban con entereza: caminaban estoicos apretando la boca y mirando al frente, como si cada tarde se empaparan en el camino de vuelta a casa. Pero cuando llegó a la escalera que subía a la calle se encontró con un grupo de veinte o treinta personas que formaban un semicírculo al pie de los peldaños, sin avanzar. Jonah prosiguió unos cuantos pasos. Caía una lluvia torrencial sobre las escaleras de cemento, como

una lámina continua, con lo que la luz que entraba en la estación era pálida y brumosa, como si todos se hubieran reunido detrás de una cascada. Los que formaban parte del grupo se miraban entre sí encogiéndose de hombros ante el apuro: punteaban sus *smartphones* o simplemente miraban la lluvia plácidamente, al parecer admirando la pasajera transformación del mundo exterior. Algunos, tras permanecer allí unos momentos, se subieron el cuello de la chaqueta o abrieron el paraguas y se lanzaron escaleras arriba con un valor rayano en lo temerario. Los que entraban en la estación —el paraguas inclinado y el pelo goteando— observaban perplejos aquella reunión, como si encontrarse en el metro un gentío que no se movía y no empujaba —y al que incluso no parecía molestarle estar allí— convirtiera aquel entorno en algo un tanto irreconocible.

Jonah ya había salido tarde de la oficina, pero sabía que en las veladas de QUEST siempre había mucha gente; que tardara otros cinco o diez minutos en llegar al cóctel pasaría prácticamente desapercibido. En otras palabras, tenía tiempo para quedarse allí a esperar a que amainara, y descubrió que le alegraba esa momentánea interrupción de su jornada. Llevaba casi una vida viviendo en Nueva York, y le gustó descubrir que, de vez en cuando, la ciudad aún podía sorprenderle.

Jonah Daniel Jacobstein tenía treinta y dos años; era abogado; ambicioso, soltero y con novia; nunca iba sin su iPhone. Por todas estas razones, sus preocupaciones solían ser inmediatas, tangibles y facturables. Pero de vez en cuando lo embargaba un estado de ánimo de gratitud. Se asomaba por la ventanilla del tren de la línea Q mientras cruzaba el puente de Manhattan y se quedaba contemplando el edificio Chrysler, el Empire State Building y el perfil de la ciudad sobre el río; se subía a un taxi el viernes por la noche con billetes nuevecitos recién salidos del cajero en el bolsillo para encontrarse con Sylvia (o Zoey); a las cuatro de la madrugada estaba borracho con una enorme porción de pizza en la mano que goteaba grasa, y se sentía increíblemente afortunado —igual que en ese momento, mientras observaba la lluvia en la estación de metro— por ser quien era, por estar donde estaba y cuando estaba.

Pero esos estados de ánimo no duraban mucho, claro, y al cabo de un momento volvía a comprobar el móvil, algo que se había convertido en una reacción casi autónoma en él, prácticamente como parpadear. Desde que se había subido al tren había recibido una docena de correos nuevos. Aquella tarde un caso en el que llevaba trabajando gran parte del año había alcanzado una resolución favorable a sus clientes. Le alegró ver en la bandeja de entrada varios mensajes de felicitación de sus colegas, incluso de algunos de los asociados.

Dejó caer otra vez la mano y a su lado vio a un judío jasídico bastante grandote: tenía la cara sonrosada, carrilluda, llevaba un sombrero y un abrigo negros, unos rizos le colgaban suavemente por las orejas, y lucía una barba negro azabache, hirsuta y descuidada. El hombre no era mucho mayor que Jonah, pero sí mucho más corpulento. Un enorme barrigón le sobresalía justo por encima de la cintura. Y escrutaba la lluvia de una manera peculiar, como si en sus gotas descubriera algún significado sutil.

Normalmente, Jonah era un devoto seguidor de la convención neoyorquina de no entablar conversación con un desconocido en el metro bajo ninguna circunstancia. Pero estaba de buen humor, y, en cualquier caso, las convenciones neoyorquinas parecían estar sufriendo una especie de reordenamiento provisional. Y, además, Jonah, cuyo judaísmo se caracterizaba por una profunda ambivalencia, siempre había sentido cierta curiosidad al observar a esos judíos cuyo judaísmo parecía caracterizarse por una certidumbre que les consumía la vida. Comprendiendo que esa era una de las pocas oportunidades que tendría de hablar con un miembro de su (aparente, teórica) hermandad, se volvió hacia el jasid y le dijo:

—¿No hay un número de teléfono al que llamar cuando pasa esto?

Como respuesta, el jasid convirtió los laterales de su rostro carnoso en una sonrisa —ladina, perspicaz—, mostrando sus dientes amarillentos. Dijo:

—¿Cree usted que iría en metro si pudiera parar la lluvia? —Jonah soltó una risita—. ¿Va a una reunión de negocios, amigo mío?

—No, mi jornada ha terminado. Simplemente voy a... un acto. —Se mostraba reacio a calificar de cóctel un acto de beneficencia; descrito así, no obstante, le resultó un poco falso. Pero el jasid lo miró como si estuviera muy impresionado por su respuesta.

—Me he dado cuenta de que era usted un hombre de mundo. ¿Dónde estaríamos, sin gente así? —Tenía una voz sonora, con acento ruso, y un tanto aguda, con un deje decididamente irónico—. ¿Tiene usted alguna tarjeta, amigo mío?

La petición sorprendió a Jonah, pero no vio nada malo en ello: metió la mano en el bolsillo de la americana y le entregó al jasid una de sus tarjetas.

—¡Amigo mío, pero si es usted judío! —dijo el jasid, todavía más impresionado. Estudió la tarjeta atentamente, como si tomara nota de cada línea y de cada dígito de los tres números de teléfono.

—Bueno, me educaron como judío —contestó Jonah.

—¿Y estudia la Torá, amigo mío? —preguntó el jasid, devolviéndole la tarjeta—. ¿Respeta el sabbat?

—Me siento culpable el día de Yom Kipur.

El jasid ensanchó la sonrisa.

—¿Y, naturalmente, conoce la historia de su tocayo, Jonás, hijo de Amitai?

Para empezar, el conocimiento que tenía Jonah de esas cosas lo había adquirido con desgana, y como mucho, tenía un vago recuerdo.

—Había una ballena... —se aventuró a decir.

—¡Amigo mío, hay mucho más que la ballena! —En aquel momento el jasid había acercado un poco más su enorme corpachón a Jonah, que ya tenía la espalda apoyada contra el lateral de una máquina expendedora de tarjetas—. Jonás también era un hombre de mundo, igual que usted. Tenía sus reuniones comerciales, llegaba a acuerdos. Y un día se le apareció *HaShem* y le dijo: «Jonás, ve a la corrupta ciudad de Nínive y diles que a pesar de todo su oro, su elegante ropa y sus grandes ejércitos, solo su cuerpo está vestido, pero su alma está desnuda». —En ese momento el jasid le guiñó el ojo; Jonah asintió sin saber muy bien por qué, y sin saber

qué quería decirle—. Pero Jonás tenía otras ideas —prosiguió el jasid—. Intentó huir para que el Señor no lo viera. ¿Y sabe qué ocurrió? Tormentas, ballenas y desastres.

»*HaShem* lo ve todo —añadió el jasid, moviendo un dedo juguetón bajo la nariz de Jonah—. Pensamos que podemos escondernos, pero al final no hay escapatoria. —Levantó la barbilla, gruesa en la parte inferior, en dirección a las escaleras, donde la lluvia apenas había amainado—. Mire lo que ocurre cuando el Señor nos manda un poco de lluvia. Todo el mundo se refugia bajo tierra, todos se quedan desconcertados. ¿No será mucho peor el Día del Juicio, cuando la calamidad nos llueva de lejos? —De nuevo, lo único que pudo hacer Jonah fue asentir, sin tener muy claro hasta qué punto era sincero el jasid, todavía sonriente—. Un día se celebra una gran fiesta. De pronto los ángeles llaman a la puerta de Lot. ¿Qué les va a decir? Recuerde que no todo el mundo consigue un puesto en el arca. América está desnuda, amigo mío, tan desnuda como Nínive. Móviles, ordenadores, naves espaciales, blablablá. El cuerpo está vestido, pero el alma está desnuda.

Jonah se dijo que esa era la razón por la que tenías que evitar entablar esas conversaciones.

—Bueno, todo esto es muy interesante —dijo—. De todos modos...

Esa insinuación de que el diálogo había terminado no fue advertida o no fue atendida.

—Cuando el Señor extiende la mano, no puedes ocultarte en el metro —añadió el jasid—, del mismo modo que Jonás tampoco pudo esconderse en el mar. Cuando las aguas arrastren a los arrogantes, ¿no preferiría encontrarse entre los justos?

—No creo que los arrogantes vayan a ninguna parte.

—¡*Im yirtse HaShem*,* viviremos para ver su destrucción! —gritó el jasid.

Todo aquello resultaba aún más desconcertante por la persisten-

* «Si es la voluntad de Dios.» *(N. del T.)*

cia de la irónica sonrisa en la cara del jasid. Aunque fuera la lluvia aún caía con fuerza, Jonah rodeó lentamente la máquina expendedora de tarjetas en dirección a las escaleras. Pero el jasid acercó aún más la cabeza y la gran barriga a Jonah: tenía un desagradable aliento rancio.

—Recuerde, amigo mío, Dios restaura el pasado. Nínive, el diluvio, Sodoma y Gomorra. ¿No sabe que la historia está llena de once-eses?

Después de esas palabras, la paciencia de Jonah, que variaba en amplitud pero no en la irritabilidad a la que daba paso, se agotó. Podía tolerar que dieran a entender que estaba condenado —¿pues quién podía tomárselo en serio?—, pero moralizar acerca del 11-S, eso era otra historia. Jonah había estado en la ciudad aquel día, y no, no había perdido a nadie próximo, ni tampoco había estado en peligro; pero su experiencia había sido suficiente como para no tener que soportar que alguien lo caracterizara como una especie de castigo divino.

—Si de verdad cree que Dios tuvo algo que ver con el 11-S, es usted tan ignorante como la gente que lo provocó.

El jasid pareció entristecerse y luego negó gravemente con la cabeza.

—Amigo mío, me temo que lo ha malinterpretado todo. Es culpa mía. Yo no fui a la Universidad de Harvard.

—Yo tampoco.

—*Nu*, ¿cree que a *HaShem* le importa a quién considere usted un ignorante?

Y aunque el jasid remató la pregunta con un último guiño más definitivo —como si toda la conversación hubiera sido apenas una broma compartida entre ambos—, Jonah decidió que ya había oído bastante, se acercó a las escaleras y las subió de dos en dos.

—¡Su bar mitzvá no le salvará, amigo mío! —gritó el jasid, y quizás incluso soltó una carcajada al decirlo.

La lluvia continuaba imparable, y enseguida empezó a empaparle el pelo y las hombreras de la americana. Vio a unas cuantas personas que se apiñaban bajo el alero de una zapatería de saldos: se

acercó y se apretó contra el escaparate. Jonah no creía que nadie supiera lo que le importaba a *HaShem* —o como quisiera llamarlo—, pero le parecía comprender perfectamente lo que quería decir el jasid: trazabas un círculo a tu alrededor, y todos los que quedaban dentro eran justos, y los de fuera, no. En la filosofía del jasid —si es que lo era— no había mucho más que eso.

De repente se encontró junto a un negro desaliñado: desgarbado, con una gorra de los Yankees manchada de sudor y unos pantalones cortos con grandes bolsillos, que se cubría las orejas con unos enormes auriculares y fumaba los restos de un porro del tamaño de una uña. Rapeaba acompañando a la música que escuchaba: «¡Todo el mundo hace lo que puede, buscando pasta! ¡Todos lo pasan mal, todos ponen mala cara! Lloramos al enterrar a nuestros negros queridos, y el que era amigo ahora es un fantasma en la oscuridad», canturreaba rítmicamente el hombre con su voz áspera, y luego le dio una calada al porro. Jonah sabía que había oído la canción muchas veces, aunque no pudo identificarla de inmediato. Se le ocurrió que le resultaba mucho más cómodo estar al lado de aquel hombre que junto al jasid. Entonces Jonah se acordó.

—Tupac —dijo en voz alta.

El hombre de los auriculares se volvió y se lo quedó mirando; con aire receloso le dio un repaso de arriba abajo a su traje, hasta que al final soltó una carcajada ronca mientras el humo le salía de la boca.

—¡Tupac! —gritó el hombre—. ¡No ha muerto!

—No ha muerto —coincidió Jonah.

Jonah tuvo la impresión de que aquel encuentro era una respuesta mejor, una réplica mejor, que cualquiera que pudiera haberle dado al jasid. ¿Quién podía decir quién era justo y quién no; quién se salvaba y quién se condenaba? Lo importante era abrirse al mundo y a sus habitantes: vivir la vida, divertirse. Si él trazara un círculo, se dijo Jonah con orgullo, ese sería el compás con el que lo dibujaría.

Al cabo de unos minutos la tormenta había amainado y solo caían algunas gotas, y Jonah comenzó a recorrer las manzanas que lo separaban del cóctel de QUEST. Mientras caminaba por las húmedas aceras de Greenwich Village y entraba en el SoHo, gente empapada emergía con cautela de portales y bares, alzando la mirada hacia el cielo con desconfianza. En un cruce tuvo que sortear de un salto —agarrando el teléfono con fuerza— el enorme charco provocado por una alcantarilla atascada. Luego continuó unas manzanas más en dirección sur y llegó al local: llamado sencillamente 555 Thompson Street, un cartel pintado de azul colocado sobre la puerta, detrás de un cristal, confirmaba que ese era el emplazamiento del 4.º Cóctel y Subasta Silenciosa Anuales QUEST a beneficio de las Escuelas de Nueva York.

Mientras se ajustaba la corbata y se peinaba el pelo con los dedos, intentó recordar qué significaban exactamente las letras QUEST; tenía que ser algo así como Quantitative Educational Skills and Tools.* Se trataba de una organización sin ánimo de lucro fundada por Aaron Seyler, un personaje increíblemente carismático que poseía un MBA por Harvard y se dedicaba al análisis cuantitativo en Wall Street. Tal como explicaba la página web de QUEST, Aaron había decidido que quería hacer algo más con su vida que mejorar los rendimientos anuales un cuarto de punto: quería contribuir de manera duradera a la ciudad donde había triunfado (aunque después de conocer a Aaron y escucharle hablar, Jonah sospechaba que habría triunfado incluso en una ciudad donde todavía utilizaran conchas y cuentas como moneda). La idea de QUEST consistía en aplicar las herramientas cuantitativas de las finanzas para mejorar los llamados resultados educativos: porcentajes de graduación, puntuación en los exámenes, tanto por ciento de acceso a la universidad, etc. La idea de Aaron, tal como solía explicarla, consistía en aprovechar la energía y la perspicacia que se empleaba a diario para generar miles de millones de dólares para los bancos y los fondos de inversión, y utilizarla para mejorar las escuelas públicas de la ciudad de Nueva York.

* «Destrezas y Herramientas Educativas Cuantitativas.» *(N. del T.)*

Cosa que a Jonah —que en aquel momento abría la puerta del 555 Thompson— ya le parecía bien. Se había criado en un hogar y un pueblo súper liberales, y aunque sus ideas políticas se habían moderado en contacto con el mundo no demasiado liberal que existía fuera de Roxwood, Massachusetts (y en los últimos tiempos por necesidad, pues trabajaba para esas corporaciones megalíticas que le habían enseñado a despreciar), seguían siendo esencialmente liberales. Aún no había escuchado ningún argumento que le hiciera dudar de que debías hacer todo lo que pudieras por los marginados y los desfavorecidos. ¿Más dinero para las escuelas? No le parecía mal. Pero tampoco era de los que se comprometían con causas, grupos o comités. Sus ideas políticas se manifestaban principalmente votando a los demócratas, leyendo a Paul Krugman y evitando las invectivas raciales o sexuales. De hecho, es probable que no hubiera asistido a esa velada de QUEST de no ser porque Philip Orengo, un amigo suyo de la Facultad de Derecho, estaba en la junta directiva, y Jonah llevaba tiempo sin verlo; y porque había salido del trabajo relativamente temprano; y porque Sylvia estaba fuera de la ciudad, y Zoey había quedado con su novio (teórico); y, motivo no menos importante, porque habría barra libre. A lo que había que añadir que había completado con éxito un caso importante, lo que le parecía motivo suficiente para tomarse unas copas. No obstante, aunque comprendía que era una mezcla de oportunidad y circunstancias lo que le había impulsado a comprar la entrada de setenta y cinco dólares —mientras salía del pasillo de entrada y accedía al local propiamente dicho—, se le ocurrió que su asistencia a esa velada demostraba alguna cuestión implícita en su discusión con el jasid.

El espacio era enorme, cuadrado, con paredes de ladrillo y un moderno diseño industrial: conductos a la vista que discurrían por el techo de la tercera planta, una pasarela suspendida por encima de los cuatro lados de una planta baja central, donde la gente alternaba y quizá luego bailaría. Las paredes estaban cubiertas de colgaduras y banderines rojos y dorados, un bonito complemento del rojo del ladrillo visto y del negro de la pasarela (y el hecho de que

Jonah reconociera esa coordinación de colores le hizo comprender que pasaba mucho tiempo con jóvenes muy al tanto de la moda, ya fueran su novia o su no-novia). Una barra ocupaba toda una pared, y al fondo habían instalado un escenario con un micrófono flanqueado por pancartas que mostraban la insignia de QUEST: el ojo dentro de la pirámide que aparece en el billete de un dólar, con una especie de escuela arquetípica en la pupila. El local estaba casi lleno, tal como Jonah se había imaginado. Era una multitud apretada, aunque no desagradable, de hombres y mujeres, casi todos más o menos de la edad de Jonah; profesionales, en su mayoría, vestidos con el traje o la falda que habían llevado en el trabajo. A medida que Jonah se adentraba entre el gentío, se cruzó con varias mujeres bastante atractivas; todo el mundo tenía una copa en la mano, y se oía una especie de jazz cubano como música de fondo a esa indistinguible mezcla de conversaciones afables, superficiales o de ligue. En resumen: parecía una escena muy divertida.

En una hipotética continuación de la disputa con el jasid, Jonah reconoció en su fuero interno la frivolidad de todo aquello, y a modo de réplica se acordó de todas las veces en que la vida impedía cualquier frivolidad, y se dijo que la frivolidad era una especie de decisión colectiva por parte de los que participaban en ella, y que muchas veces la vida conspiraba en su contra: así, pues, ¿por qué no tomar una copa, ligar y divertirse? Por la mañana habría reuniones, rupturas, y todos los allí presentes acabarían asistiendo a su ración de funerales. Jonah no era ningún fatalista, pero sus estudios y su experiencia como abogado le habían enseñado que no tienes por qué creer en un argumento para que este sea eficaz; de ahí que se sintiera justificado al iniciar aquella velada de beneficencia cogiendo una cerveza.

Diez minutos más tarde se había bebido tres cuartas partes de la cerveza y caminaba por la pasarela, en cuyo perímetro se había instalado la subasta silenciosa: se habían dispuesto mesas con parafernalia que representaba los diversos artículos para la puja: un lote de productos dermatológicos La Mer para el paquete del spa; un plato con un monograma para cenar con Aaron en la Minetta

Tavern, y un cesto con quesos para una visita privada a la cava de quesos Murray's. Jonah estaba planteándose pujar por un masaje de aromaterapia para Sylvia cuando distinguió a Seth Davis, un conocido de la Facultad de Derecho, que se encontraba al otro lado de la pasarela. Debido al papel de Philip Orengo en el grupo, Jonah a menudo veía gente de su curso de la facultad en los actos de QUEST. Jonah siempre había apreciado a Seth, aunque nunca habían sido exactamente amigos. Una vez Seth le explicó su decisión de matricularse en el programa máster en dirección de empresas y doctor en jurisprudencia, y entrar en el mundo de las finanzas en lugar de dedicarse a la abogacía, con las siguientes palabras: «Si voy a estar hasta los treinta haciendo semanas de cien horas, prefiero acabar siendo realmente rico que un poco rico». La crisis financiera probablemente había cambiado la curva de esa acumulación, pero Jonah tenía la impresión de que a Seth le iba bien.

—¡Jacobstein! —le llamó Seth al verlo.

Estaba acompañado de un grupo de hombres, todos vestidos con traje, igual que Jonah, y todos con una cerveza en la mano. Jonah se les acercó y se unió al grupo. Lo presentaron y les estrechó la mano. El grupo de Seth estaba compuesto de colegas que trabajan con él en la empresa de servicios financieros, y de sus amigos en la industria. (La gente que trabajaba en finanzas solía acabar encontrándose en las fiestas, o eso había aprendido Jonah después de casi un año saliendo con Sylvia.) El tono jocoso y bullicioso de la conversación le sugirió que aquellos hombres le llevaban varias copas de ventaja. Comentaban la puja de quinientos dólares por una pelota de béisbol firmada por Derek Jeter.

—Puedes conseguir esa pelota por ciento cincuenta dólares en eBay —le estaba diciendo alguien al hombre que había hecho la puja de quinientos dólares.

—Pero ¿por qué iba a querer darle ciento cincuenta dólares a un gordo en calzoncillos que vive en el sótano de la casa de su madre? —replicó el que había pujado, y los demás se rieron.

—Chicos, no estáis teniendo en cuenta la deducción de impuestos —dijo otro, y teatralmente anotó una puja de seiscientos dólares

ante el coro de «¡Oh!» de los demás.

—Sí, pero tu deducción se basa en cuál es el valor de la pelota según un descerebrado con el graduado escolar del Ministerio de Hacienda, ¿verdad, Jacobstein? —le preguntó Seth a Jonah.

—Eh, si quieres mis servicios, tienes que darme una provisión de fondos —contestó Jonah, y los demás volvieron a reírse. Generalmente no participaba en las bromas sobre la codicia de los abogados, algo que solía escuchar a menudo, pero descubrió que casaba bien con aquel grupo de financieros.

—¿Puedes permitirte gastar seiscientos dólares? —le preguntó alguien al hombre que acababa de hacer la puja—. He visto el anillo que le has comprado a Melissa, sé que estás demasiado endeudado.

—En primer lugar, es una circonita cúbica, no un diamante de verdad —contestó ante un eco de más carcajadas—. Y en segundo lugar, siempre y cuando nadie se ponga a comprar propiedades inmobiliarias en los distritos residenciales de Las Vegas, mi bonus de este año me proporcionará toda la liquidez que necesito.

—Estoy seguro de que eso es un consuelo para toda la gente de Las Vegas que está ahogada con la hipoteca —bromeó uno de ellos.

—Oye, si compraste una casa en una zona residencial de Las Vegas en el 2005, mereces estar ahogado con la hipoteca durante al menos otra década —dijo Seth.

Todos volvieron a reír. Sí, son unos gilipollas, se dijo Jonah, pero parecen saberlo, lo cual, de algún modo, hace que se lo perdonemos un poco más. También sospechaba que había algo de cierto en esa superstición colectiva americana —que se mantenía a pesar de los sucesos de los últimos años— de que la economía no podía funcionar sin gilipollas.

En ese momento se unió al grupo un hombre sonriente y desgarbado, de mejillas sonrosadas y cara alargada y ovoide, con una mata de pelo rubio y revuelto. Se llamaba Patrick Hooper —a Jonah se lo había presentado Sylvia—, y aparecía a menudo en actos como ese. Era evidente que algunos del grupo lo conocían, pues cuando se acercó se miraron unos a otros poniendo los ojos en blanco de manera (un tanto) furtiva. El hombre miró la lista de

pujas para la pelota de béisbol y a continuación anotó una de cinco mil dólares. Levantó la mirada de la página, riendo con ganas.

—Lo más gracioso es que ni siquiera me gusta el béisbol —dijo Patrick.

—Qué gracioso —murmuró Seth.

A juzgar por lo que se comentaba, Patrick Hooper era un genio de las finanzas. Según Sylvia, durante los años de auge de los productos financieros ideó una serie de operaciones con materias primas para Goldman de indiscutible rentabilidad y de una legalidad al menos teórica. Eso le había proporcionado unos ingresos suficientes para retirarse cuando tuviera treinta años —la edad que tenía en la actualidad—, acontecimiento que *The Wall Street Journal* había destacado con el titular «SE DESPIDE UN NIÑO PRODIGIO DE WALL STREET». Goldman seguía manteniéndolo a su servicio, al parecer por si conseguía interrumpir alguna sesión maratoniana del videojuego *World of Warcraft* para idear algún nuevo dispositivo financiero rentable e infalible. El principal motivo por el que a Jonah le costaba tomarse en serio toda esa cháchara de los niños prodigio era que Patrick se contaba entre las personas más socialmente ineptas que había conocido. La verdad es que no era un mal tipo, pero tenía un asombroso talento para aburrir. La puja excesiva que había anotado para la pelota de béisbol —echando a perder la diversión— era, por desgracia, típica de él: Patrick parecía poseído por la muy simple y muy estúpida idea de que podía superar su torpeza social a base de inversiones, descubriendo algún intercambio de activos que le proporcionara un afecto auténtico, o al menos popularidad. De ahí las fiestas que organizaba regularmente en su enorme *loft* de Tribeca, las invitaciones que repartía sin ton ni son a restaurantes que acababan de abrir y a clubs exclusivos, y las desmesuradas donaciones a obras de beneficencia de última generación como QUEST. Y, de manera predecible, cuanto más pródigos y conocidos eran esos esfuerzos, menos éxito tenía.

—Estoy impresionado de que hayáis venido aquí esta noche, chicos —observó Patrick—. ¿Sabéis?, Aaron y yo cenamos juntos

hace un par de noches —añadió sin saber ni querer disimular lo orgulloso que estaba de esa hazaña—. Estuvimos hablando de lo importante que es conseguir que a estos actos venga gente a quien no le importa nada la beneficencia. —Patrick volvió a reírse, aunque esta vez fue el único.

—Bueno, si hubiera sabido que venías... —dijo uno de ellos.

—De todos modos, es realmente irónico —añadió Patrick—. Se supone que las finanzas son malvadas, pero Goldman hace más en términos de responsabilidad social corporativa de lo que una organización como esta podría soñar. Aunque me retiré hace varios años, todavía sigo activo en...

—Bueno —le interrumpió Seth, dándole la espalda a Patrick—. Probablemente cerrarán la barra libre en pocos minutos. —Se volvió hacia Jonah—. ¿Quieres venir?

Jonah sabía que no debía volverse para ver a Patrick mirando los hombros de Seth con la cándida esperanza de que también lo invitaran. Pero lo hizo; de algún modo la idea de dejar tirado a Patrick le pareció contraria al espíritu de QUEST... fuera cual fuera.

—No, voy a hacer alguna puja —contestó Jonah, lamentando las palabras cuando le salieron de la boca.

Seth se encogió de hombros, casi con aire compasivo.

—Tú mismo... —Y él y los demás se alejaron hacia las escaleras.

—No sabía que tú también estabas metido en QUEST —dijo Patrick cuando los demás se marcharon.

Encima, a Jonah se le había acabado la cerveza, lo cual solo parecía confirmar que había cometido un error quedándose.

—Tengo un amigo en la junta —contestó Jonah.

—¿Adrian? ¿Jin? ¿Abbey? ¿Philip?

A Jonah no le sorprendió que Patrick pudiera recitar de memoria los nombres de todos los miembros de la junta de QUEST; probablemente llevaba meses pidiéndoles que fueran a cenar con él.

—Philip y yo fuimos juntos a la Facultad de Derecho —le explicó Jonah.

Patrick asintió con dos movimientos rígidos de su cabeza alargada.